



PRÓCERES DE GALERÍA

Entregados a la melancólica despedida de sí mismos, a Zapatero y a Bono se les está poniendo cara de cuadro

A Sí como decía Ionesco que un académico es un señor que cuando se muere se convierte en un sillón, un político es un hombre que cuando se retira se transfigura en un retrato. A Zapatero y a Bono se les está poniendo cara de cuadro en esta cuenta atrás de la legislatura en la que andan entregados a la melancolía de darse con cualquier pretexto homenajes a sí mismos. Se han rociado con el perfume nostálgico y autocomplaciente de la despedida pero lo que desprende tanto epílogo anticipado es un fuerte olor a derrota, a un previsible descalabro electoral al que ellos ya se sienten ajenos. Se han borrado de los carteles de la función y están echando el telón sobre su propia obra para recoger los aplausos de cortesía, aunque en el caso del presidente del Gobierno lo que el público celebra no es su actuación, sino su retirada. Sólo Rajoy se saltó ayer la etiqueta del ritual galante para cerrar el balance parlamentario con una descarga de reproches casi póstumos. ZP, que en los últimos meses ha encontrado en su adversario una especie de complicidad de Estado, salió pintado de decepción porque en el último cara a cara esperaba un trato deferencial, de guante blanco, y en vez de eso sufrió una tanda de escobazos.

El presidente, apartado por los suyos de una campaña en la que no quieren ni nombrarlo, ha quedado en este *intermezzo* final como figurón de actos protocolarios. El martes, en el Salón de los Pasos Perdidos —apropiado escenario para las ceremonias de tránsito—, inauguró junto a Bono los retratos tardíos de Azaña y Suárez y más que dos pinturas parecía que estaban colocando cuatro. Ellos ya se ven así, como próceres de galería, perfilados contra el horizonte de una posteridad en cuya niebla esperan difuminar las aristas de sus mandatos. Zapatero hablaba de la soledad de los presidentes y todo el mundo entendió que intentaba agrandarse a sí mismo en el espejo de sus ilustres predecesores. Quizá confíe en que el tiempo borre la fobia de sus últimos días y proyecte sólo la sonrisa amable de los años de la *democracia bonita*. Pero todavía es pronto para que esas comparaciones tan presuntuosas no irriten a sus detractores como una apropiación indebida de legados ajenos. Con Azaña y Suárez sólo le une el abandono final de sus correligionarios y la íntima amargura del aislamiento; para parecerse al republicano le falta enjundia intelectual, y con el artífice de la Transición no debería parangonarse después de haberse aplicado a destruir su obra.

Para disfrutar del beneficio y la gratitud del olvido es menester que pasen muchas lunas y sobre todo que concluya de una vez este largo interinato en el que parece una de esas visitas pesadas que no se acaban de ir nunca. Preso de la autocompasión se quiere colgar demasiado temprano en la pared de la Historia pero no puede acelerar los plazos. Todavía está en la dolorosa fase de desahucio.